

Gabriel Flores

Lecciones de un Brexit inconcluso

(*nuevatribuna.es*, 8 de abril de 2019).

Momentos cruciales en lo que podrían ser los últimos pasos, aunque ni eso está claro, de la larga marcha hacia el Brexit. A cuatro días de la fecha límite para evitar un divorcio caótico sin acuerdo, marcada para el 12 de abril por el último Consejo Europeo, todas las opciones permanecen abiertas y son manejadas como escenarios posibles. La Cámara de los Comunes del Reino Unido (RU) [ha rechazado en tres ocasiones](#) el acuerdo de 25 de noviembre de 2018, negociado durante dos años por el Gobierno de **Theresa May**, que señalaba los grandes rasgos de la salida del RU de la Unión Europea (UE). También ha votado en contra de todas y cada una de las propuestas alternativas que se le han presentado a votación.

A finales del pasado mes de marzo, el Parlamento del RU arrebató al Gobierno de May su prerrogativa de ordenar los debates parlamentarios sobre el Brexit mediante el mecanismo de “votaciones indicativas” y constató que ninguna de las ocho propuestas sometidas a votación el miércoles, 27 de marzo, lograba el apoyo mayoritario de la Cámara.

El escaso control sobre la retirada del RU de la UE que mantenía la primera ministra May desapareció y el caos político se impuso. El viernes, 29 de marzo, la mayoría del Parlamento rechazó por tercera vez el acuerdo de ruptura, a pesar de haberse excluido de la votación la Declaración Política que perfilaba la futura relación entre ambas partes con la intención de favorecer que laboristas partidarios de la retirada ordenada de la UE que incluya la permanencia en la unión aduanera votaran a favor, pero muy pocos diputados laboristas picaron el anzuelo. Los apoyos a la retirada del RU acordada por May han ido aumentando paulatinamente desde la primera votación en la Cámara de los Comunes de 15 de enero, en la que la diferencia de votos fue nada menos que de 230 (202 a favor y 432 en contra), que se redujeron a 149 en la segunda votación de 12 de marzo y a 58 votos (286 a favor y 344 en contra) en la tercera y, por ahora, última votación de 29 de marzo.

El lunes, 1 de abril, en un nuevo intento de desbloquear la situación, la mayoría del Parlamento de Westminster volvía a rechazar las cuatro propuestas que habían logrado un mayor respaldo parlamentario cinco días antes.

Resultados de las propuestas sometidas a votación en la Cámara de los Comunes el 27 de marzo y el 1 de abril de 2019		
<i>27 de marzo:</i>	<i>A favor</i>	<i>En contra</i>
Retirada sin acuerdo	160	400
Retirada sin acuerdo, con acuerdos comerciales posteriores	139	422
Referéndum sobre cualquier acuerdo de retirada alcanzado	268	295
“Mercado Común 2.0” (o modelo “Noruega Plus”)	189	283
AELC sin unión aduanera	65	377
Unión aduanera completa y permanente	265	271
Unión aduanera profundizada	237	307
Revocación de la salida	184	293
<i>1 de abril:</i>	<i>A favor</i>	<i>En contra</i>
Unión aduanera completa y permanente	273	276
“Mercado Común 2.0” (o modelo “Noruega Plus”)	261	282
Referéndum sobre cualquier acuerdo de retirada alcanzado	280	292
Revocación de la salida	191	292

En las votaciones del 1 de abril, la propuesta de un Brexit que preservase la unión aduanera completa y permanente, apoyada por los laboristas, perdió por sólo tres votos. La opción llamada “Mercado Común 2.0” o “Noruega Plus”, por la que el RU se mantendría en el Espacio Económico Europeo, como miembro de la Asociación Europea de Libre Comercio (más conocida por sus siglas en inglés: EFTA), junto a Noruega, Islandia o Liechtenstein, compartiendo la unión aduanera y el mercado único, perdió por veintidós votos pese a contar también con el apoyo de última hora de los laboristas. Incluso la propuesta de un referéndum para ratificar cualquier acuerdo alcanzado por la Cámara de los Comunes perdió por doce votos.

Últimos movimientos para lograr una nueva prórroga

Tras el fiasco de las votaciones indicativas y el caos político reinante en el Parlamento y en todos los partidos británicos, nadie parece tener la clave para salir del atolladero. Todo sigue siendo posible. Y cada día que pasa, la improbable y muy costosa separación caótica y sin acuerdo que debería tener lugar el próximo 12 de abril alimenta las posibilidades de que se produzca un raro movimiento de última hora, vinculado a una nueva prórroga, que no obligue a desdecirse en demasía ni al [Gobierno May](#) ni al Consejo Europeo (convocado para una reunión extraordinaria el 10 de abril) y permita retrasar durante unas semanas o meses la salida y dar una nueva y última o penúltima oportunidad a la negociación.

Nada es imposible, aunque sea poco probable a corto plazo un nuevo deslizamiento a favor del acuerdo alcanzado por la primera ministra de una parte significativa de los diputados conservadores que lo han rechazado en las últimas votaciones. Menos probable aún es que ese deslizamiento se produzca entre los diputados laboristas.

Los conservadores contrarios al acuerdo han repetido una y otra vez que prefieren que no haya ningún acuerdo a un mal acuerdo, aunque ha comenzado a calar el argumento de que un mal acuerdo es preferible a permanecer más tiempo en la UE, con la posibilidad de que el tiempo desdibuje el horizonte de ruptura con la UE y termine por hacerla inviable. Por parte de los laboristas, sus intereses pasan por terminar de achicharrar políticamente a la primera ministra y profundizar la división interna en las filas conservadoras, aunque eso le esté costando al líder laborista **Jeremy Corbyn** la pérdida de algunos apoyos entre los diputados laboristas y simpatías en una parte significativa de sus votantes. La intención de Corbyn es dejar madurar el problema para que la única salida del laberinto sea la de anticipar las elecciones generales, que se ve en condiciones de ganar; sólo después de ganarlas emprendería la tarea de negociar un acuerdo de retirada indoloro para la economía y los intereses del RU: un Brexit compatible con el mantenimiento en la unión aduanera que permitiera reconstruir un mínimo consenso social y político y pudiera ser ratificado por la ciudadanía en un nuevo referéndum. Su estrategia tiene un doble riesgo: que su liderazgo en el seno del laborismo quede también tocado por el marasmo ocasionado o que la situación se pudra antes y se produzca una retirada sin acuerdo con altos costes para la economía británica de la que sería corresponsable.

Un último apunte sobre las distintas opciones votadas en los últimos días. Tanto la alternativa de convocar un nuevo referéndum como la de la participación del RU en las elecciones al Parlamento Europeo para lograr una pequeña prórroga son altamente improbables.

Convocatoria de un nuevo referéndum

En cuanto a la primera, la de convocatoria de un nuevo referéndum sobre el Brexit, la mayor parte de encuestas y analistas señalan que la relación de fuerzas entre partidarios y adversarios del Brexit ha cambiado poco y que la repetición del referéndum tendría grandes inconvenientes con un alto poder destructivo: incrementaría y consolidaría la crispación y la división social y territorial existentes; sometería a una gran tensión a los dos principales partidos políticos, ya muy divididos internamente, poniendo en cuestión el sistema de representación política sin contar con una alternativa estable; y en el caso más probable, de

repetirse unos resultados parecidos al anterior, prolongaría la situación de bloqueo y caos políticos en la que ha desembocado la maniobra partidista de someter a una elección binaria un problema político de primera magnitud, como el Brexit, que exige un notable consenso social, mayor capacidad de negociación con la UE que la demostrada por May y un gran margen político para el diálogo, la cesión y la búsqueda conjunta de las soluciones menos lesivas para las partes involucradas.

En cuanto a la segunda opción, la de una prórroga vinculada a la aceptación de la condición impuesta por el último Consejo Europeo, por la que el RU participaría en las elecciones de finales de mayo al Parlamento Europeo, sería un suicidio político inaceptable para ambos líderes, los aparatos de los dos grandes partidos y, probablemente, la ciudadanía británica. Dicha participación, que gusta poco en el RU, preocupa también a muchos de los líderes europeos que temen, con razón, que impulsaría la campaña de la extrema derecha neosoberanista europea y su presencia en el Parlamento Europeo.

Tal callejón sin salida ha propiciado el más reciente movimiento de aproximación entre May y Corbyn para explorar una propuesta común entre las dos grandes y tradicionales fuerzas políticas británicas que finalmente, tras las conversaciones entre ambos de la semana pasada, no han llevado a ningún acuerdo, evidenciando las grandes diferencias y los grandes obstáculos para alcanzarlo. May no puede aceptar el mantenimiento del RU en la unión aduanera, porque una parte muy importante de su partido y del Gobierno, favorables a un Brexit duro, no lo apoya y preferiría cualquier cosa, dividir en dos al partido y dejar caer al Gobierno, antes que aceptarlo. Corbyn no quiere cambiar su perspectiva de forzar un adelanto electoral que le podría aupar al puesto de primer ministro ni, por ello, aceptar un nuevo referéndum sobre el Brexit que le exige buena parte de las bases laboristas y que ha barajado May como último cartucho para traspasar parte de sus problemas internos al Partido Laborista.

El último y desesperado movimiento de May ha sido la carta enviada el pasado viernes, 5 de abril, al presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk, solicitando un nuevo aplazamiento del Brexit hasta el 30 de junio. May trata de ganar tiempo, responsabilizar a la UE de los costes económicos y del desgaste en la credibilidad de la UE que ocasionaría un Brexit caótico, apaciguar al ala más intransigente de su propio partido y, de paso, presionar a sus parlamentarios para que den una última oportunidad a su acuerdo de Brexit, ya que las alternativas podrían ser bien la retirada caótica el 12 de abril, bien la participación en las próximas elecciones al Parlamento Europeo. La Comisión Europea y el presidente del Consejo Europeo prefieren un aplazamiento largo y están obligados a responder con flexibilidad (Tusk ha hablado en las últimas horas de “flexión”) a la última carta de May para lograr una retirada que no interfiera demasiado en la marcha política de la UE ni en la campaña electoral europea, que podría consistir en conceder al RU una prórroga flexible de un año que podría interrumpir en cualquier momento, cuando el Gobierno del RU se considerara preparado para llevar a cabo un Brexit ordenado. Las cartas están echadas, pero hace falta vestir y justificar esa nueva prórroga hasta el 30 de junio o por un año. Maniobra de muy difícil realización, ya que no parecen demasiado sólidas las expectativas de que May pueda llegar a un acuerdo con los laboristas y en el Parlamento en las próximas semanas.

Dos lecciones del Brexit

A estas alturas, el final de la escapada del Brexit está aún por decidir, pero lo sucedido hasta ahora proporciona, al menos, dos importantes lecciones.

La primera lección tiene que ver con el giro político dado por los partidos de extrema derecha de todos los países de la UE, que de reivindicar referéndums para forzar la salida de la UE han dejado de lado esa propuesta y prefieren concentrar su atención en el rechazo de la inmigración, como elemento clave de unificación de sus propuestas políticas, el fortalecimiento de las fronteras nacionales para protegerse y la recuperación de las competencias cedidas a las instituciones comunitarias. Los partidos políticos neosoberanistas

de la derecha y la extrema derecha europea entendieron rápidamente las dificultades de la negociación emprendida por el RU, los costes que implicaría la salida de la UE y sus impactos en forma de división interna en sus respectivas formaciones políticas y en sus apoyos electorales, sometidos a la enorme tensión de una negociación cuyo saldo difícilmente podría ser favorable a sus intereses nacionales. Por ello, cambiaron su estrategia de demolición de la UE y definieron unos objetivos diferentes: vaciar de contenidos políticos a la UE, reducir paulatinamente las competencias de las instituciones comunitarias y el presupuesto comunitario que las sostiene, debilitar las políticas comunes y dejar la UE reducida a un cascarón vacío, especialmente en todo lo que se refiere a políticas de solidaridad y cohesión económica, social y territorial, en el que reinaría un mercado único liberado de todo tipo de ataduras y regulaciones nacionales y comunitarias. Y a ese afán dedican todos sus esfuerzos en estas próximas elecciones al Parlamento Europeo, donde aspiran a convertirse en la tercera fuerza política y a ser determinantes en la definición de la agenda y las prioridades políticas, con el rechazo de la migración en un lugar prioritario entre los temas de preocupación de la ciudadanía, y en el bloqueo de todas las iniciativas que pretendan compartir políticas, riesgos o transferencias entre los Estados miembros.

La segunda lección está relacionada con la confusión entre independencia política y soberanía que caracteriza a las [fuerzas neosoberanistas de extrema derecha](#). Se trata de un neosoberanismo que concentra su atención en la independencia política, mediante la recuperación plena de las competencias cedidas a instancias comunitarias, presumiendo que esa recuperación de competencias supondrá mayor soberanía nacional, perdiendo de vista los límites a la soberanía que impone a todos los países, excepto a tres o cuatro grandes potencias mundiales (entre las que podría situarse la UE, pero no el RU o cualquier otro país de la UE, si se retira de la UE), la globalización comercial, financiera, monetaria o tecnológica y el funcionamiento de las cadenas de valor internacionales construidas durante décadas de relaciones y cooperación entre los países de la UE.

Además, habría que considerar los altos costes, puestos en evidencia por las negociaciones en torno al Brexit, que supondría la retirada de la UE, más si se hace sin acuerdo, para cualquier Estado miembro. Si un mayor grado de soberanía supone mayor capacidad de decisión en la defensa y protección de los intereses nacionales frente a poderes foráneo, la retirada del RU de la UE va a significar una mayor división y fragmentación de la representación política y de la sociedad británicas y una menor capacidad para defender sus intereses nacionales y a la ciudadanía británica frente a influencias e injerencias externas o, viene a ser lo mismo, una menor soberanía nacional.

La larga marcha hacia el Brexit llega a su última etapa y el resultado de todo el proceso es más que negativo: una sociedad dividida, partidos políticos más frágiles, un consenso social y político cada día más lejano, un país menos soberano y la posibilidad de un Brexit caótico con altos costes económicos que perjudicarán a todas las partes.

Apéndice

El largo adiós británico a la Unión Europea

Se produjo la cumbre extraordinaria a propósito del Brexit y no hubo nada o casi: la madrugada del pasado jueves, 11 de abril, el Consejo Europeo parió un ratoncillo, tan inocuo como ineficaz, que evita lo peor, pero nada arregla. Y, lo que es más inquietante, no mide los potenciales impactos negativos del aplazamiento sobre la marcha y el futuro de la UE.

La primera ministra británica, Theresa May, ha conseguido una nueva prórroga para el Brexit. No es la que había solicitado, hasta el 30 de junio, pero le valía cualquier aplazamiento que le permitiera continuar las negociaciones con el líder laborista, Jeremy Corbyn, y seguir presionando a los parlamentarios conservadores y laboristas que pueden

llegar a admitir que la aprobación en cuarta votación del Acuerdo de Retirada que les propone es el único Brexit posible o un mal menor, frente a la posibilidad de un Brexit desordenado, un no Brexit o la continuidad del caos político en el que se ha instalado el país. Los líderes de la UE han reconocido, con algunas reticencias encabezadas por el presidente de la República Francesa, Emmanuel Macron, que las excesivas prisas y los ultimátums no han conducido a nada bueno y se conceden una nueva prórroga de seis meses, hasta el 31 de octubre. El resultado es que se desactiva la bomba de una retirada caótica inmediata, pero los problemas del Brexit siguen ahí y seguirán contaminando la vida política y económica de ambos lados del Canal de la Mancha en los próximos meses, sino años.

May consigue ese nuevo aplazamiento sin cumplir con ninguna de las condiciones que se le plantearon en la anterior cumbre europea de 21 de marzo, de la que obtuvo una pequeña prórroga de apenas una semana para que el Parlamento británico eligiera entre salir de la UE sin acuerdo y de forma desordenada el día 12 de abril o salir el 22 de mayo, tras ratificar el Acuerdo de Retirada pactado el pasado 25 de noviembre. Una prórroga mayor estaba condicionada a la presentación de argumentos convincentes que la justificaran y a la participación del RU en las próximas elecciones al Parlamento Europeo. Pues bien, no habrá salida desordenada el 12 de abril ni ordenada el 22 de mayo. Ni siquiera es seguro que el RU participe en las elecciones al Parlamento Europeo que se celebrarán en todos los Estados miembros entre el 23 y el 26 de mayo o que, dentro de seis meses, antes de la nueva fecha límite del 31 de octubre, no se establezca una nueva prórroga.

Ya se conocía el mucho interés de la canciller Merkel en dejar de presionar al RU y evitar a toda costa su salida desordenada el día 12 de abril. Merkel y la mayoría de sus colegas comunitarios tenían miedo a sus consecuencias. La carta de invitación a la reunión extraordinaria del Consejo Europeo del pasado 10 de abril, firmada por el presidente del Consejo Donald Tusk, para debatir el tema, se valoraba que la prórroga hasta el 30 de junio solicitada por la primera ministra podría ser insuficiente y proponía debatir la conveniencia de una prórroga de mayor duración, entre nueve y doce meses, que evitara los riesgos de provocar de forma fortuita un Brexit sin acuerdo y ofreciera una nueva oportunidad de ratificación parlamentaria del Acuerdo existente o, alternativamente, una reconsideración razonada de su estrategia sobre el Brexit. Los argumentos eran de peso: una prórroga corta aumentaría los riesgos de tener que aprobar futuros aplazamientos y convocar nuevas cumbres extraordinarias que centrarían la atención y los esfuerzos de las instituciones comunitarias en una coyuntura política clave para definir el futuro de la UE, lo que generaría incertidumbres muy perjudiciales para la UE y los intereses de la economía y la ciudadanía de ambas partes.

El acuerdo se ha fraguado atendiendo a las razones planteadas por todos los participantes en una cumbre en la que se hizo patente, por primera vez, la división entre los principales líderes comunitarios en torno a cómo tratar el caos político existente en la clase política británica. Macron, pese a su aislamiento, evita la prórroga larga que deseaban Tusk y Merkel, obtiene una revisión de la prórroga en junio, con el impreciso objetivo de valorar la utilidad del aplazamiento y analizar la marcha de las negociaciones que lleva a cabo May para aprobar el Acuerdo de Retirada. Y consigue también, con la nueva fecha, impedir que el RU se inmiscuya en las tareas de elección del nuevo presidente de la Comisión Europea y del resto de sus componentes. El mayor temor expresado por Macron es que la presencia de RU diluya o influya en los planes de reforma institucional de la UE y la eurozona acordados con Merkel y que el RU, tanto su Gobierno como sus europarlamentarios, caso de participar en las elecciones, jueguen a la contra de esas reformas y colaboren con el resto de fuerzas antieuropeístas para paralizarlas o vaciarlas de contenido. Macron sabe que no hay ni puede haber garantías de que el RU vaya a renunciar a defender sus posiciones e intereses nacionales mientras permanezca como Estado miembro, aunque sea de forma interina.

Con el nuevo aplazamiento, la UE quiere ganar tiempo y evitar que el Brexit y la división de la clase política y la ciudadanía británicas contaminen en demasía la decisiva contienda electoral que se avecina para la renovación del Parlamento Europeo. El resultado de

esas elecciones va a decidir la cuantía y la intensidad de las restricciones que, con el esperado avance electoral de la extrema derecha neosoberanista, delimitarán el alcance y el ritmo de las reformas institucionales pendiente de hacer, el debate sobre el peso y los principales recursos y destinos de los presupuestos europeos durante los próximos siete años (2021-2027) y los nombramientos, en los próximos meses, de los responsables (presidentes del Parlamento Europeo, Comisión Europea, Consejo Europeo y Banco Central Europeo) de las instituciones comunitarias encargadas de gestionar y acompañar el paso y el día a día de las reformas.

Efectivamente, la UE necesita reformas institucionales que mejoren su funcionamiento y reduzcan riesgos e incertidumbres, cambios en las políticas de ajuste fiscal seguidas hasta ahora y una definición más acabada de su arquitectura institucional y de su papel en la construcción de una alternativa democrática e inclusiva a la globalización neoliberal. Globalización que ha entrado en crisis en los dos últimos años por su reiterada incapacidad para promover un crecimiento respetuoso con el medioambiente y el desarrollo de la democracia que facilite la reducción de las desigualdades entre los países y en el seno de cada país, porque las mayorías sociales no se benefician del crecimiento. La llegada de Trump a la presidencia de EEUU ha supuesto que EEUU intensifique la crisis del modelo neoliberal de globalización, tratando de reforzar su hegemonía financiera y tecnológica sin supeditarse a la existencia de reglas y organismos multilaterales capaces de hacerlas cumplir y de proteger los bienes públicos globales y los intereses de todos los actores nacionales. Hasta ahora, las pretensiones de EEUU no han tenido ningún contrapeso global, porque China no puede ni quiere ejercer ese papel y porque la UE se sigue cociendo en la salsa de sus divisiones internas, indefiniciones institucionales y errores de política económica.

La primera ministra May quiere, con el aplazamiento, además de evitar los altos costes de todo tipo que, especialmente para el RU, supondría un Brexit desordenado o sin acuerdo, conseguir, en el escenario más favorable a sus intereses, que la salida pactada se produzca antes del 22 de mayo para evitar la participación en las elecciones al Parlamento Europeo. La aprobación parlamentaria del Acuerdo actualmente existente podría venir de la mano de una parte de los conservadores partidarios de un Brexit duro, si comprenden que la alternativa al Acuerdo que defiende May es que no se produzca ningún tipo de Brexit o, como segunda mejor opción, que los laboristas apruebe el Acuerdo a cambio de que May admita una modificación de la Declaración Política (en la que se establecen las grandes líneas de las futuras relaciones con la UE) que acompaña al Acuerdo de Retirada, que refleje el objetivo laborista de un Brexit no traumático que mantenga al RU en la unión aduanera. Ni sus correligionarios conservadores, partidarios de una retirada inmediata y sin acuerdo, ni sus contrincantes políticos laboristas, partidarios de un Brexit indoloro y ordenado, se lo van a poner fácil. Unos y otros quieren la cabeza de May. Los primeros, porque consideran que aún pueden forzar en un Brexit radical y sin acuerdo que libere al RU de toda subordinación política y reafirme su soberanía nacional. Los segundos, porque prefieren un adelanto electoral que, piensan, están en condiciones de ganar.

May sueña con lograr la aprobación parlamentaria del Acuerdo de Retirada antes del 22 de mayo, fecha de comienzo de las elecciones al Parlamento Europeo, para no tener que cargar con la humillación de una participación electoral que partiría a los conservadores por la mitad, les haría concurrir en pésimas condiciones a esas elecciones y alentaría el avance de una extrema derecha neosoberanista o antieuropeísta, el Partido por la Independencia del Reino Unido (el UKIP) y el Partido del Brexit, que estaría en condiciones de captar el voto de buena parte del electorado conservador.

Aparentemente, con la nueva prórroga todos ganan, la UE, tiempo y el Gobierno May una nueva oportunidad para aprobar su Acuerdo de Retirada, pero los problemas y las dificultades siguen en el mismo sitio y tienen el mismo peso que antes de la prórroga. Los riesgos y los costes, en parte desconocidos y en parte de muy difícil valoración, de una retirada sin acuerdo, siguen estando ahí. Y visto lo visto, ni la mayoría de los líderes británicos, salvo los iluminados partidarios de un Brexit sin acuerdo que aspiran a convertirse

de nuevo en la cabeza de una reconstruida *Commonwealth*, ni los de la UE quieren hacerse cargo de los costes del Brexit, en una coyuntura económica mundial de desaceleración del crecimiento económico, la producción industrial y el comercio internacional que afecta especialmente a la UE.

La desunión y la falta de acuerdo en el Parlamento británico siguen igual que las describía en mi anterior artículo sobre el tema (“Lecciones de un Brexit inconcluso”). En la UE, a la escasa voluntad demostrada en los últimos años para llevar a cabo la reforma institucional y el cambio de políticas que son imprescindibles para asentar y desarrollar el proyecto de unidad europea, se une ahora un nuevo obstáculo y un nuevo factor de división, el Brexit, que ya no es un problema exclusivo del RU y contamina la coyuntura política y los planes de la UE. Todo sigue siendo posible.

Mientras tanto, España, tanto en lo que se refiere a la elite política como a la mayor parte de la ciudadanía, sigue despistada, volcada en sus problemas internos, sin conectar sus problemas específicos con la marcha de la UE. Ha renunciado a ejercer su influencia, por pequeña que sea, y acepta actuar como comparsa de intereses y planes ajenos.